

EXHORTACIÓN

DIRIGIDA Á LAS SOCIAS DE LAS CONFERENCIAS DE S. VICENTE DE PAUL,
CONGREGADAS EN ASAMBLEA GENERAL EN LA CAPILLA
DEL ROSARIO, DE SAN LUIS POTOSÍ,
EL 5 DE OCTUBRE DE 1900.



SIEMPRE tengo gusto en presidir vuestras asambleas; pero hoy es doble y aun triple mi satisfacción. En primer lugar, mi larga ausencia hace que tome mayor interés en los progresos que en este largo período ha hecho vuestra asociación de caridad. En segundo lugar, esta es la última asamblea que celebramos en el siglo XIX, y me complazco en ser yo quien os lanzo en brazos del siglo futuro en condiciones tan florecientes. Por último, estoy, en cierto modo, identificado con vosotras, y vuestros progresos, que desde la fundación de estas conferencias he venido observando de cerca, son míos hasta cierto punto, y en ellos me gozo de una manera especial.

Varias veces lo he recordado. Cuando por vez primera, simple huésped y joven sacerdote, vine á San Luis, estaba en su infancia vuestra asociación; á vuestras asambleas me convidasteis, y mi arrebatada juvenil palabra fué casi la primera leche que os dió fuerzas para crecer y alcanzar la robustez que ahora os

distingue. ¡Qué diferencia de entonces á vuestra actual prosperidad! Cuán diversa la húmeda y medio destruida capilla que os servía de albergue, del rico santuario que hoy nos cobija con sus doradas bóvedas y os sirve de lugar de reunión habitual. Qué distancia, sobre todo, media entre los primeros vacilantes pasos que dabais entonces por la senda de la caridad, y la carrera de gigante con que avanzáis hoy llenas de santo gozo por el ancho camino que os habéis abierto: *exultavit ut gigas ad currendam viam.*

Cuando oigo las quejas que se profieren en derredor sobre el estado lamentable de nuestro comercio y agricultura; cuando yo mismo veo la emigración de nuestro pueblo á otras regiones más prósperas donde poder ganar el pan con menos afanes; cuando soy testigo de la indiscutible pobreza general, más me maravillo de las cantidades que pasan por vuestras manos, más me asombra el número de desvalidos á quienes habéis llevado vuestros socorros. Es que la caridad bien ordenada obra verdaderos milagros; milagros al recoger, milagros al distribuir. Con vuestras reglas trazadas por San Vicente de Paul, y observadas al pie de la letra, hacéis que cuanto cae á vuestras manos llegue sin disminución y prontamente á las del necesitado, verificándose así en vuestras operaciones el proverbio vulgar: quien da pronto, da dos veces. Yo os exhorto á que sigáis fieles á vuestros reglamentos y á los usos y costumbres establecidos por el Santo y sus legítimos intérpretes. Hasta en el modo de practicar la ca-

ridad hay cierto progreso. ¿Quién, por ejemplo, habría soñado hace tres siglos en las cocinas económicas del modo que están hoy organizadas? Pero este progreso tiene sus límites, según los países y las circunstancias, y sobre todo, no se ha de desvirtuar la caridad ni desviarse de su fin, sólo por el espíritu de novedad, ó por condescendencias injustificables.

Dignas de todo encomio son, por tanto, las Conferencias de San Vicente, cuando rehusan plegarse á las exigencias de la llamada filantropía, que, como hace medio siglo, observaba ya un gran filósofo, quiere que se dé, no por amor á Dios, sino por amor á las diversiones. ¡Qué espíritu tan opuesto á la caridad cristiana el que mueve á esos bailes, á esas corridas de toros, á esas fiestas llamadas de beneficencia, en que se gasta en trajes, en adornos y en golosinas mucho más de lo que llega á las manos del pobre! De los antiguos Fariseos, que daban por ostentación, decía Nuestro Señor Jesucristo: los aplausos serán su única recompensa. *Amen dico vobis quia receperunt mercedem suam.* Ojalá que siquiera esto pudiéramos decir de los modernos filántropos. Desgraciadamente no se limitan á buscar aplausos, sino que ponen de propósito mil y mil ocasiones de pecado, que exigen en la otra vida penosa retribución.

Bien hacéis, por tanto, en no adoptar estos medios reprobables para acumular recursos con que socorrer al pobre. Siempre los ha visto de mal ojo la Iglesia, y Nuestro Concilio Plenario de la América Latina los

ha prohibido terminantemente. Así es que en adelante, no sólo no iniciaréis semejantes fiestas, por ironía llamadas de beneficencia, sino que no cooperaréis á ellas de ningún modo, ni aun aceptaréis lo que os quieran dar como resultado de las mismas. Por amor de Dios habéis de pedir, por amor de Dios habéis de socorrer á los pobres.

La experiencia os ha mostrado que este es el verdadero modo de conseguir la prosperidad. Repasad en la memoria el progreso paulatino de vuestras conferencias. Eran un grano de mostaza hace treinta y dos años; hoy semejan al árbol frondoso del Evangelio, que cubre con su sombra inmensa región, y en cuyas ramas vienen á posarse las aves del cielo. Escribiendo San Juan á los primeros cristianos, y refiriéndose á la Fe en nuestro Redentor Crucificado, les decía que ella es la que de veras vence al mundo, la que obtiene verdaderos y sólidos triunfos: *haec est victoria quae vincit mundum fides vestra*. Otro tanto digo yo de vuestra caridad y del modo que tenéis de practicarla: con ella estáis conquistando al mundo, con ella acabaréis de conquistarlo.

Hemos acostumbrado reirnos de lo que se llama *feminismo*, y trazamos á menudo caricaturas de la mujer en el parlamento, en los tribunales, en el foro, en el ejército. Pero quitando á estas figuras lo que tienen de grotesco, y mirándolas con ojo filosófico, hallaremos que esa tendencia de la mujer á ocupar en muchos ramos los lugares destinados en otro tiempo exclusivamente

al hombre, no está tan fuera de la razón, y que el *feminismo* reinará en el siglo XX, aunque moderado por las sabias leyes de la Iglesia. Hace tiempo que vemos, en los países civilizados por lo menos, que la mujer ocupa el puesto que antes pertenecía á los órdenes hospitalarios de hombres, en los hospitales de tierra y de mar, en la paz y en la guerra. Vemos, igualmente, á congregaciones femeniles cuidando de los hospicios de peregrinos, que parecían pertenecer de derecho á los hijos de Francisco de Asís ó de Bernardo de Mentón. En el mundo, vemos á la mujer en el comercio, en los telégrafos, en diversos empleos y aun administraciones. Por lo que á vosotras toca, florecéis, mientras las conferencias de hombres languidecen; crecéis, mientras éstas disminuyen; estáis llenas de vida, mientras éstas se hallan moribundas.

Mucho depende, entre nosotros sobre todo, de las ocupaciones á que los hombres tienen que entregarse, y no hay que culparlos si se consagran menos que vosotras á las obras de misericordia. Pero mucho depende también de que las cualidades varoniles parecen haber pasado á la mujer, y los defectos de ésta haberse apoderado de los hombres. Hablando de los primeros mártires, se admira la Iglesia, y con ella la Historia, de la fortaleza de una Inés, de una Águeda, de una Cecilia, de una Eulalia; no le maravillan en cambio el valor de un Sebastián, que antes que renegar de su fe, renuncia á su puesto de Capitán de guardias del Emperador, y se deja asaetear cual tímido cordero. No les asom-

bran los ejemplos de Mauricio y toda su valiente legión, que en vez de resistir, deponen las armas y se dejan pacientemente inmolar. ¿Dónde podríamos hoy día encontrar semejante constancia, semejante valor, semejante firmeza de principios? Lo que sí hallaremos es esa volubilidad que antes hacía comparar á la mujer á una pluma arrebatada por el viento, y que se ha vuelto patrimonio del varón. Hoy día, para encontrar valor y constancia, es preciso buscarlos en la mujer; y por eso á vosotras está reservada la conquista del mundo en el siglo XX. Vuestras armas serán, como han sido hasta ahora, la caridad, y la caridad únicamente. ¿Habrá algún insensato que pretenda arrebatárosla? No dejéis jamás que os la quiten; sobre todo, no consintáis en trocárla por la filosófica *filantropía*. Continúad impertérritas por la senda que hasta aquí habéis seguido, y mostrad al mundo que la Iglesia siempre marcha, siempre avanza, siempre camina, sean cuales fueren los obstáculos que se le opongan ó las asechanzas que se le tiendan.



ALOCUCIÓN

PRONUNCIADA EN LA CAPILLA DEL ROSARIO DE SAN LUIS POTOSÍ,
 CON MOTIVO DE LA ASAMBLEA GENERAL QUE ALLÍ
 SE VERIFICÓ LA TARDE DEL 25 DE
 SEPTIEMBRE DE 1902.